

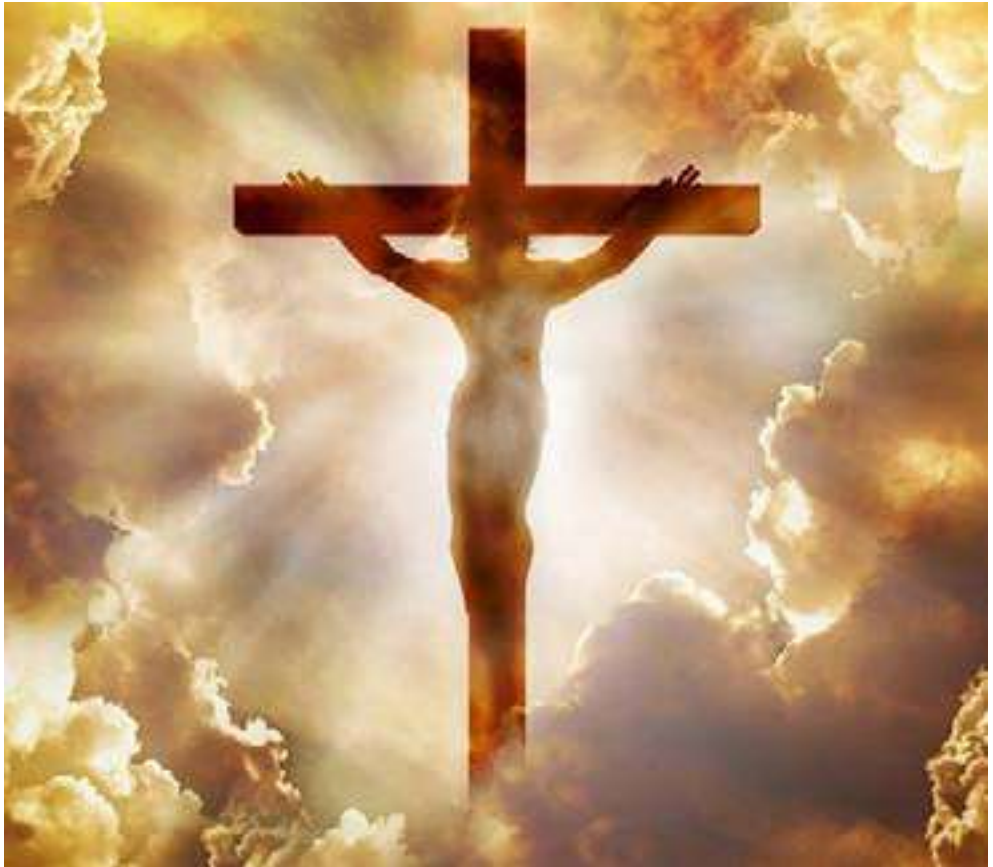


---

# Red Mundial de Oración del Papa

---

**LA ÚNICA VACUNA VÁLIDA**



**“El que se la inocular, consigue la inmunidad  
en esta vida y la supervivencia en la otra”**

*J.L. Sicre, s.j.*

# Editorial

## LA ÚNICA VACUNA VÁLIDA

La pandemia del corona virus y la multiplicidad de vacunas existentes ayudan a comprender el evangelio de Juan. Para él la humanidad se enfrenta a una epidemia de vida o muerte. Pero sólo hay una vacuna válida: la fe en Jesús como Hijo de Dios. *El que se la inocular, consigue la inmunidad en esta vida y la supervivencia en la otra.* El negacionista que la desprecia, será víctima de su obstinación.

Para nosotros, la vacuna es gratis. Pero al fabricante le ha costado la vida de su Hijo. Los dos han aceptado el sacrificio con

*...sólo hay una  
vacuna válida: la  
fe en Jesús como  
Hijo de Dios*

sumo gusto: el amor de Dios. *“Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó...”* Juan escribió la famosa frase: *“De tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único”*. Si leemos con fe

estos textos, advertiremos en el tema desarrollado en el Boletín algo más profundo: ese amor se manifiesta perdonando en distintas circunstancias y por diversos motivos. Por supuesto, **al leer más**, en este tema del Boletín aceptaremos que todo ello requiere una respuesta de parte nuestra. Así mismo, sugiero reflexionar con esta hermosa orientación la palabra reciente del Papa Francisco que trasciende el requerimiento del mundo moderno, un tanto indiferente y escéptico.

El libro de la Sabiduría nos sorprende. Dice que “*él que es pequeño será perdonado por misericordia, pero los poderosos serán examinados con rigor*” (Sab 6,6). Para el mundo, quien posee poco es descartado y quien tiene más es privilegiado. Pero para Dios, no; quien tiene más poder es sometido a un examen riguroso, mientras que los últimos, son los privilegiados de Dios. El cambio es total. Los pobres, los que lloran, los perseguidos son llamados bienaventurados. ¿Cómo es posible esto? Bienaventurados, para el mundo, son los ricos, los poderosos, los famosos. Tiene mayor Valor quien tiene, quien puede y quien cuenta. Pero no para Dios. Para Él no es más grande el que tiene más, sino el que es pobre de espíritu; no el que domina a los demás, sino él que es manso con todos; no el que es aclamado por las multitudes, sino el que es misericordioso con su hermano. Nos puede venir la duda: Si vivo como pide Jesús, ¿qué gano? ¿No corro el riesgo de que los demás me pisoteen? ¿Vale la pena la propuesta de Jesús? No es un perdedor sino un sabio amoroso.

La propuesta de Jesús es sabia porque el amor, que es el corazón, aunque parezca débil a los ojos del mundo, en realidad vence. **En la cruz demostró ser más fuerte**

**que el pecado, en el sepulcro venció a la muerte.** El amor es nuestra fuerza, la fuerza de tantos hermanos que han sufrido ofensas, maltratos y persecuciones por el nombre de Jesús. Mientras el poder, la gloria y la vanidad del mundo pasan, el amor permanece, “no pasa nunca”. Vivir al espíritu



***EL AMOR  
es nuestra  
FUERZA***

del evangelio, fe y obras buenas, es hacer eterno lo que pasa. Es traer el cielo a la tierra. El testimonio es el camino para encarnar la sabiduría de Jesús: amor y perdón.

El testigo de Dios no es pasivo, ni fatalista, no vive a merced de las circunstancias, del instinto y del momento, sino que siempre está esperando, porque está orientado en el amor, “que siempre disculpa y confía, siempre espera y soporta: Fe y Buenas obras. Recordemos para nosotros esta vacuna es gratis. Pero al fabricante le ha costado la vida de su Hijo.

*Álvaro Lacasta, s.j.*



INTENCIONES DE ORACIONES  
DEL SANTO PADRE CONFIADAS A  
LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN

Intención universal:

**Derechos  
fundamentales**



**“Recemos por aquellos que arriesgan sus vidas luchando por los derechos fundamentales en dictaduras, en regímenes autoritarios e incluso en democracias en crisis”**

[...] Observando con atención nuestras sociedades contemporáneas, encontramos numerosas contradicciones que nos llevan a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos, proclamada solemnemente hace 70 años, sea reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias. En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados. [...] Ante estos graves fenómenos, todos somos cuestionados. De hecho, cuando se violan los derechos fundamentales, o cuando

se favorecen algunos en detrimento de otros, o cuando se garantizan solo a ciertos grupos, se producen graves injusticias, que a su vez alimentan los conflictos con graves consecuencias tanto dentro de las naciones como en las relaciones entre ellas.

Por lo tanto, cada uno está llamado a contribuir con coraje y determinación, en la especificidad de su papel, a respetar los derechos fundamentales de cada persona, especialmente de

*cada uno  
está llamado  
a contribuir  
con coraje y  
determinación  
a respetar  
los derechos  
fundamentales de  
cada persona*

las “invisibles”: de los muchos que tienen hambre y sed, que están desnudos, enfermos, son extranjeros o están detenidos. (cfr Mt 25,35-36), que viven en los márgenes de la sociedad o son descartados. Esta necesidad de justicia y solidaridad tiene un significado especial para nosotros los cristianos, porque el Evangelio mismo nos invita a dirigir la mirada

a los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas, a movernos a la compasión (cf. Mt 14,14) y a trabajar arduamente para aliviar sus sufrimientos. Deseo, en esta ocasión, dirigir un llamamiento sincero a aquellos con responsabilidades institucionales, pidiéndoles que coloquen a los derechos humanos en el centro de todas las políticas, incluidas las de cooperación para el desarrollo, incluso cuando esto signifique ir contra la corriente.

***Papa Francisco***

## COMENTARIO PASTORAL

El reconocimiento de los derechos humanos, es decir, que cada persona tiene derecho a la vida, a la educación, a la salud, al trabajo bien remunerado, a la libertad de conciencia, de expresión y de asociación... constituyó un avance fabuloso en los países de cultura occidental hace 70 años. Y aunque en algunos países del mundo se reconocen fundamentalmente esos derechos, en otros no. Los gobiernos que no los reconocen causan mucho daño en la población. El Papa atribuye a visiones antropológicas reductivas esa falta de reconocimiento, como sucede en las culturas donde la mujer no es apreciada como igual al hombre. Y también lo atribuye a sistemas económicos que explotan el trabajo humano, lo cual constituye una variante de la antigua esclavitud.

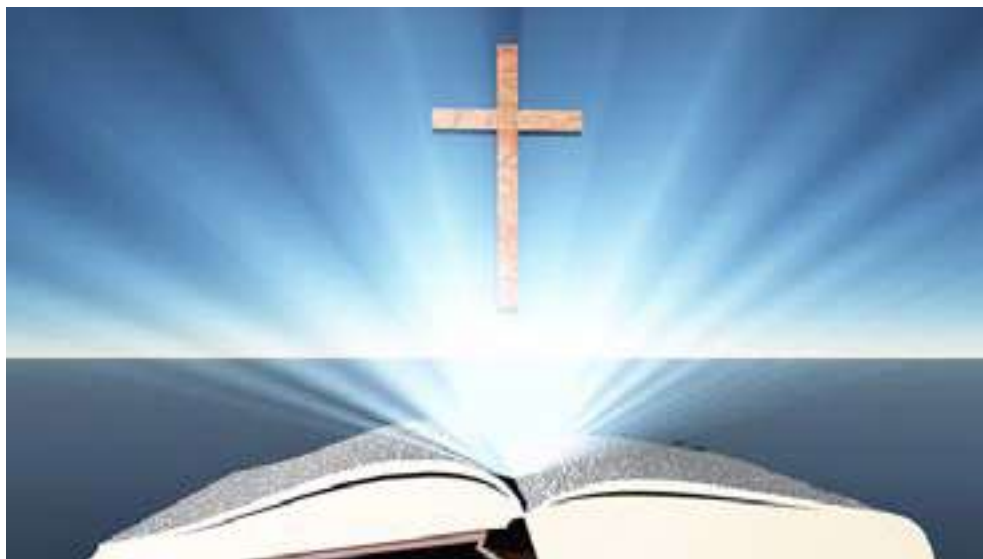
En la mayoría de los países se reconocen nominalmente los derechos humanos, pero en la práctica se conculcan. Hay muchos tipos de desconocimiento de los derechos, muchos tipos de abusos, pero los peores tienen que ver con gobiernos que permiten o se asocian a los que conculcan esos derechos, para mantenerse en el poder con represión de los descontentos. El comercio de la venta de armas, el narcotráfico, la trata de blancas, los abusos a los emigrantes son algunos de los cañonazos en esta guerra contra la raza humana que disparan fabricantes, gobernantes y mafias que no parecen seres humanos, sino engendros de otras razas.

Rezar a Dios por la intención del apostolado de la oración de este mes nos lleva a muchas preguntas: ¿nos escucha el buen Padre celestial

cuando le presentamos estos desastres? ¿Nos mira con amor de Padre? ¿Quiere que mejore la raza humana? Jesucristo, que tanto padeció del abuso de las autoridades de su tiempo, se acerca a nuestras mentes y a nuestro corazón para decirnos: Yo también pasé por eso, perseveren, que el Reino de Dios está ya presente entre ustedes, dentro de sus corazones. El Espíritu Santo nos anima con su fuego a rezar por todo el mundo,

abusadores y abusados, violentadores y violentados, gobernantes y gobernados, para que esa distancia tan grande hoy día se vaya acortando. Y también nos anima el hecho de pensar que son muchos miles, muchos millones los que hacen suya esta intención del Apostolado y vuelven sus corazones a Dios en petición constante. ¡Dios bueno, Dios querido! En tus manos nos ponemos para que mejores esta raza humana que tú creaste.

***P. Fco. Javier Duplá sj.***





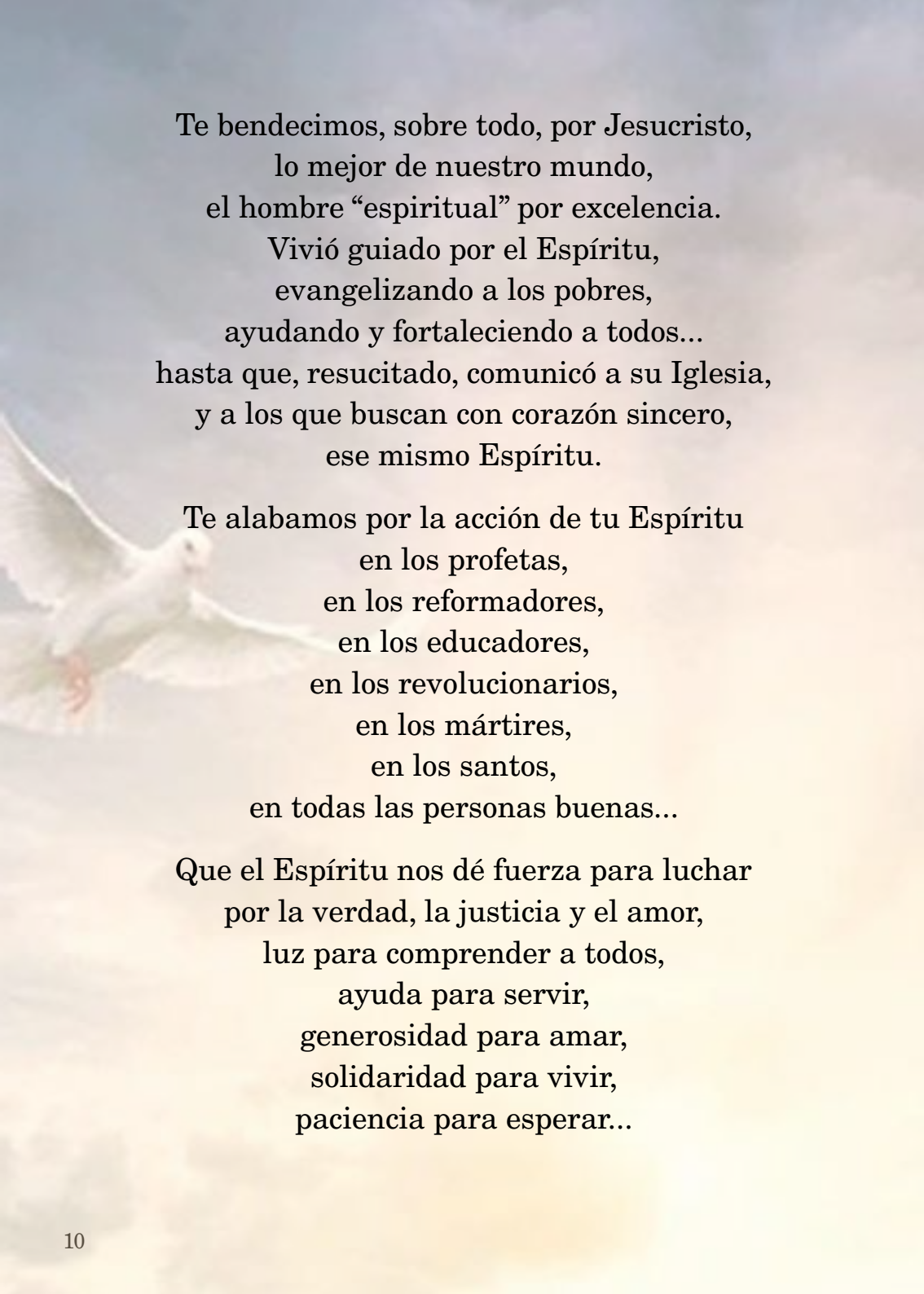
# *GRACIAS, PADRE, POR EL ESPÍRITU*

Te bendecimos, Padre, por el don del Espíritu  
que, por tu Hijo, haces al mundo.

Lo hiciste al principio, en los orígenes de todo,  
cuando incubabas el universo al calor del Espíritu  
para que naciera un mundo de luz y de vida  
que pudiera albergar al género humano.

Te damos gracias porque, mediante tu Espíritu,  
lo sigues creando, conservando y embelleciendo,  
para que nuestro caminar no sea triste y agorero  
y podamos disfrutar de las primicias del Reino.

Te bendecimos por haber puesto tu Espíritu  
en hombres y mujeres, niños y adultos;  
y por el don continuo que de él has hecho  
siempre en la historia humana:  
Espíritu de fuerza en sus jueces y gobernantes;  
Espíritu rector en sus líderes fieles;  
Espíritu creador en sus sabios investigadores;  
Espíritu soñador en sus artistas y poetas;  
Espíritu solidario en sus pobres;  
Espíritu de vida en el pueblo siempre.



Te bendecimos, sobre todo, por Jesucristo,  
lo mejor de nuestro mundo,  
el hombre “espiritual” por excelencia.  
Vivió guiado por el Espíritu,  
evangelizando a los pobres,  
ayudando y fortaleciendo a todos...  
hasta que, resucitado, comunicó a su Iglesia,  
y a los que buscan con corazón sincero,  
ese mismo Espíritu.

Te alabamos por la acción de tu Espíritu  
en los profetas,  
en los reformadores,  
en los educadores,  
en los revolucionarios,  
en los mártires,  
en los santos,  
en todas las personas buenas...

Que el Espíritu nos dé fuerza para luchar  
por la verdad, la justicia y el amor,  
luz para comprender a todos,  
ayuda para servir,  
generosidad para amar,  
solidaridad para vivir,  
paciencia para esperar...

Padre, que tu Espíritu sople sobre la Iglesia,  
dándole unidad y nueva savia evangélica;  
que traiga la libertad, la igualdad y la fraternidad  
a todos los pueblos, razas y naciones.

Y, finalmente, haznos sensibles  
a la acción de tu Espíritu en el mundo y en la historia.

Ayúdanos a descubrirla en la ciencia,  
en la cultura, en el trabajo, en la técnica,  
en todo aquello en que el ser humano y el Espíritu  
preparan conjuntamente el alumbramiento  
de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Por Jesucristo, tu Hijo resucitado y hermano nuestro.  
Amén.

***Florentino Ulibarri***

# MIRAR LA PANDEMIA EN PERSPECTIVA ESPIRITUAL



***...aun la noche es luminosa como el día;  
la tiniebla es como la luz del día.***

Salmo 139:12

La oración siempre parte de y termina con el reconocimiento de la presencia de Dios, y nos dispone hacia la receptividad. Para mí la “receptividad” es la esencia de la relación orante que llevamos con Dios, porque Dios nunca cesa de ser providente (*primereando*, como dice el neologismo del papa Francisco), queriendo a sus criaturas y su creación a pesar de sus pecados o la maldad que el pecado ha causado. Dios tiene una manera de transformarlo todo en gracia. Por eso, la mirada que echamos en y con la oración en sus formas más profundas puede ser amorosa y no miedosa. Es por algo que Jesús nos amonesta repetidas veces en el evangelio:

“¡No temas!”.

El escritor espiritual William Barry, fallecido el año pasado, definía la oración, concisamente, como “una mirada amorosa hacia la

realidad”. Claro que no se refería tanto a la oración de petición que es, tal vez, la forma que más se practica, sino a la oración mental en la que ejercemos la imaginación y practicamos el silencio, para de veras escuchar a Dios, en vez de hablarle a él. Siempre me llamaba la atención esta definición de Barry porque se compagina bien con la meta ignaciana de “encontrar a Dios en todas las cosas”.

Si lo ponderamos suficientemente, vemos que la definición de Barry no apoya la dicotomía que hace mucho daño entre lo espiritual y lo mundano o propone otras formas dualistas o binarias de hablar y pensar.

Para mí, la definición propuesta por Barry supera el dualismo que “desencarna” a Dios, sacándolo de las realidades de las cuales el Todopoderoso es creador y con las cuales se ha identificado de una vez para siempre enviando a su hijo, metiéndose en el fango, para ser como nosotros seres humanos en todo menos en el pecado.

Se me ocurre pensar esto especialmente en el contexto de la pandemia que hemos vivido por más de un año y que seguiremos viviendo, por lo menos, un año más, hasta que la humanidad consiga la anhelada inmunidad. Propongo aquí echar una mirada “amorosa” hacia esta realidad, es decir, compartir con los lectores algunas reflexiones producidas en mí al llevar a la oración, lo que se ha experimentado durante esta plaga horrorosa.

La oración siempre parte de y termina con el reconocimiento de la presencia de Dios, y nos dispone hacia la receptividad. Para mí la “receptividad” es la esencia de la relación orante que llevamos con Dios, porque Dios nunca cesa de ser providente (*primereando*, como dice el neologismo del papa Francisco), queriendo a sus criaturas y su creación a pesar de sus pecados o la maldad que el pecado ha causado. Dios tiene una manera de transformarlo todo

en gracia. Por eso, la mirada que echamos en y con la oración en sus formas más profundas puede ser amorosa y no miedosa. Es por algo que Jesús nos amonesta repetidas veces en el evangelio: “¡No temas!”

La oración nos permite acercarnos a y recibir e interiorizar la realidad, los hechos, siempre en la presencia de un Dios providente, con confianza para descubrir lo que significan para uno en relación con los designios misteriosos de Dios que la fe nos dice son últimamente benévolos. Claro que, para beneficiarse del tiempo para este tipo de oración, es preciso iniciarlo sobre todo con “valentía”. Se trata de no huir de las emociones negativas e incómodas, como el miedo, el horror, el enojo, los celos, o el revanchismo, sino acercarse a ellas para descubrir qué mensaje o significado tendrán por debajo para uno. ¡Se trata de encontrar a Dios en lo agradable y en lo desagradable, en lo que atrae y en lo que repugna, es decir, en todo! Hay una escuela de espiritualidad que se llama bio-espiritualidad, fundada por los presbíteros Peter Campbell y Edward McMahan, que aún propone que nos hagamos amigos de los sentimientos negativos y dolorosos, que los abracemos y nos sentemos calmadamente a su lado para escucharlos.

La pandemia del COVID-19 es real: una plaga nos ha invadido dejando más de dos millones de muertes y todavía contando en todo el mundo. Hemos perdido padres, madres, esposos, esposas, hermanos y abuelos, compañeros de trabajo y también jóvenes y niños. Las economías han sido devastadas, la educación de nuestros hijos e hijas interrumpida, demorada o simplemente eliminada. Millones más han sufrido los efectos físicos y psicológicos de esta pandemia despiadada. Las rutinas diarias han sido destruidas y las grietas e imperfecciones de los matrimonios, las amistades, las comunidades e instituciones han sido expuestas a la luz del día

revelando, muchas veces, las grietas y problemas desapercibidos en tiempos normales. Debido a prácticas fervorosamente recomendadas de distanciamiento social y cuarentena, la humanidad se ha enterrado en una fosa de aislamiento y soledad. En conjunto, todo esto acaba siendo como un ensayo universal para el infierno. Además, cada día oímos de nuevas amenazas y otros acontecimientos penosos. ¿Hasta dónde prevalecerá el mal?

La pura verdad es que por debajo de la desgracia del COVID-19 ha habido muchos beneficios. Uno de ellos es una consciencia generalizada de nuestra dependencia y fragilidad humana. La cultura moderna con su impaciencia y deseo de conseguir todo con un “clic” del botón ha tenido que dilatar su carrera loca y redescubrir masivamente la virtud de la esperanza.

Sin embargo, una mirada amorosa hacia esta fealdad espantosa no se detiene en lo feo, lo malo, lo espantoso. Busca más bien la luz en la tiniebla.

La pura verdad es que por debajo de la desgracia del COVID-19 ha habido muchos beneficios. Uno de ellos es una consciencia generalizada de nuestra dependencia y fragilidad humana. La cultura moderna con su impaciencia y deseo de conseguir todo con un “clic” del botón ha tenido que dilatar su carrera loca y redescubrir masivamente la virtud de la esperanza. El hecho científico de que la pandemia, realmente, no será vencida hasta que la raza humana llegue a la inmunidad de rebaño, nos despierta a la exigencia de la solidaridad humana tan olvidada y desprestigiada en el mundo de consumismo y de “gente desechable”. La ciencia, por un lado, ha

demostrado sus límites y, por otro, sus posibilidades. La experiencia del aislamiento durante la pandemia y el abandono de las reuniones cara a cara nos han llevado al descubrimiento de los beneficios de las comunicaciones virtuales, por medio de Skype, Zoom y otras aplicaciones. Ahora podemos estar en contacto con personas, literalmente, en todas partes del mundo; podemos enseñar usando tecnologías que hace un año atrás poco se usaban, pero que ahora se usan con naturalidad para promover la comunicación y la tarea educativa a todos niveles.

Sentado en la poltrona, contemplando la pandemia en la presencia amorosa de Dios, me enfrento con la realidad. Sobre todo, identifico la gracia que se vislumbra dentro y por debajo de la tragedia actual. Descubro que yo aprecio más ahora la humildad, el reconocimiento de la verdad acerca de quién es Dios y quiénes somos los seres humanos. Descubrí que el camino que nos lleva a Dios atraviesa exactamente lo que estamos experimentando, y no una fantasía turística de la imaginación romántica. Lo contemplo y descubro su posible significado para mí y para nuestra frágil humanidad. Me mantengo agarrado de la presencia providente de Dios, aún del Diosito de las oraciones de mi abuelita mexicana. Y me da mucho consuelo.

Posiblemente la humildad se valorizará y se le dará más importancia con miras al futuro. Me doy cuenta de que la definición de la oración ofrecida por William Barry, “una mirada amorosa hacia la realidad” es más o menos la misma para la humildad. Ambas, la oración y la virtud cristiana de la humildad, requieren que optemos “plantar los pies firmemente sobre la tierra”, lo que Dios hizo cuando su hijo se encarnó en el seno virginal de María.

***Allan Figueroa Deck, S.J.***



# *Amor de Dios y respuesta humana*



## **La única vacuna válida**

**La pandemia del coronavirus y la multiplicidad de vacunas existentes ayudan a comprender el evangelio de Juan. Para él, la humanidad se enfrenta a una epidemia de vida o muerte. Pero solo hay una vacuna válida: la fe en Jesús como Hijo de Dios. El que se la inyecta, consigue la inmunidad en esta vida y la supervivencia en la otra. El negociacionista que la desprecia, será víctima de su obstinación.**

**Para nosotros, la vacuna es gratis. Pero al fabricante le ha costado la vida de su hijo. Los dos han aceptado el sacrificio con sumo gusto.**

## **Comentario a las lecturas**

Una lectura rápida de las tres lecturas de este domingo revela una relación clara entre ellas: el amor de Dios. En la primera, provoca la liberación de los judíos desterrados en Babilonia. En la segunda afirma Pablo: “Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó...” En el evangelio, Juan escribe la famosa frase: “De tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su hijo único”. Si lee-

mos los textos más tranquilamente, advertimos algo más profundo: ese amor se manifiesta perdonando en distintas circunstancias y por diversos motivos. Al mismo tiempo, requiere una respuesta de parte nuestra. Es preferible leer los textos en el orden cronológico en que fueron escritos. Por eso dejo para el final la carta a los Efesios.

### **Perdón para los judíos basado en la fidelidad a la palabra dada. ¿Encontrará respuesta? (2 Crónicas 36, 14-16. 19-23)**

La primera lectura nos traslada a Babilonia, en el año 539 a.C., donde los judíos llevan medio siglo deportados. La ciudad cae en manos de Ciro, rey de Persia, y Dios lo mueve a liberarlos. Para justificar el medio siglo de esclavitud, la lectura comienza hablando del pecado de los israelitas, que no se limita a un hecho concreto, se prolonga en una larga historia. A la idolatría e infidelidades del comienzo respondió Dios con paciencia, enviando a sus mensajeros para invitarlos a la conversión. Pero los judíos los despreciaron y se burlaron de ellos. Entonces, la compasión de Dios dio paso a la ira, y los babilonios incendiaron el templo, arrasaron las murallas de Jerusalén, deportaron a la población. Años más tarde, la actitud de Dios cambia de nuevo y mueve a Ciro de Persia a liberar a los judíos. ¿A qué se debe este cambio? De acuerdo con la mentalidad más difundida en el Antiguo Testamento, el pueblo, tras sufrir el castigo, se convierte y Dios lo perdona. Igual que el niño que hace algo malo: su madre le riñe, pide perdón, la madre lo perdona.

Sin embargo, en esta primera lectura no aparece la idea del arrepentimiento del pueblo. El único motivo por el que Dios perdona y mueve a Ciro a liberar al pueblo es por ser fiel a lo que había prometido. Volviendo al ejemplo de la madre, como si ella le hubiera dicho al niño: “Hagas lo que hagas, terminaré perdo-

nándote”. Y lo perdona, sin que el niño se arrepienta, para cumplir su palabra. ¿Cómo reaccionan los judíos ante la noticia? El texto no lo dice, pero lo sabemos: unos pocos volvieron a Judá, arriesgándolo todo, sin saber lo que iban

*“Hagas lo que hagas, terminaré perdonándote”*

a encontrar; otros prefirieron quedarse en Babilonia. (¿Cuántos afroamericanos estarían dispuestos a volver de Estados Unidos a los países de origen de sus antepasados?)

El evangelio Jn (3, 14-21), enfoca el tema del amor y perdón de Dios de forma universal. No habla del amor de Dios al pueblo de Israel, sino de su amor a todo el mundo. Pero un amor que no le resulta fácil ni cómodo, en contra de lo que cabría imaginar: le cuesta la muerte de su propio hijo. Además, el evangelio subraya mucho la respuesta humana: ese perdón hay que aceptarlo mediante la fe, reconociendo a Jesús como Hijo de Dios y salvador. Esto lo hemos dicho y oído infinidad de veces, pero quizá no hemos captado que implica un gran acto de humildad, porque obliga a reconocer tres cosas:

- a) que soy pecador, algo que nunca resulta agradable;
- b) que no puedo salvarme a mí mismo, cosa que choca con nuestro orgullo;
- c) que es otro, Jesús, quien me salva; alguien que vivió hace veinte siglos, condenado a muerte por las autoridades políticas y religiosas de su tiempo, y del que muchos piensan hoy día que sólo fue una buena persona o un gran profeta.

Usando la metáfora del evangelio, es como si un potente foco de luz cayese sobre nosotros poniendo al descubierto nuestra debili-

dad e impotencia. No todos están dispuestos a este triple acto de humildad. Prefieren escapar del foco, mantenerse a oscuras, engañándose a sí mismos como el avestruz que esconde la cabeza en tierra. Pero otros prefieren acudir a la luz, buscando en ella la salvación y un sentido a su vida.

### **Perdón para los paganos basado en la compasión.**

**Respuesta: fe y buenas obras** (carta a los Efesios, 2,4-10)

La salvación universal de la que habla el evangelio la concreta la carta a los Efesios en una comunidad concreta de origen pagano: la de la ciudad de Éfeso (situada en la actual Turquía). Antes de convertirse, estaban muertos por los pecados, con un agravante: Dios no les había hecho ninguna promesa de salvación, como a los judíos deportados en Babilonia. Sin embargo, los perdona. ¿Por qué motivo? Porque es “rico en misericordia”, “por el gran amor con que nos amó”, “por pura gracia”. Esto es lo que san Pablo llama en otro contexto “el misterio que Dios tuvo escondido durante siglos”: que también los paganos son hijos suyos, tan hijos como los israelitas. Esta prueba del amor de Dios espera una respuesta, que se concreta en la fe y en la práctica de las buenas obras.

### **Reflexión final**

En el contexto de la cuaresma, que se presta a subrayar el aspecto del pecado y del castigo, la liturgia nos recuerda una vez más que nuestra fe se basa en una “buena noticia” (evangelio), la buena noticia del amor de Dios. Nosotros, que somos los herederos de los efesios, de los corintios, de los tesalonicenses, debemos reconocer, como ellos, que todo es don de Dios y no mérito nuestro, y que debemos responder con fe y dedicándonos “a las buenas obras” que él nos ha asignado.

***J.L. Sicre S.J.***

“

«La idea que creó la crisis no puede ser la misma que nos saque de la crisis; tenemos que cambiar»

*Albert Einstein*

«Por PREVENCIÓN podemos calcular con los efectos cuando intervenimos en la naturaleza»

*Hans Jonas*

«Más que la excepcional grandeza de nuestro cerebro y más que nuestra inmensa capacidad de pensar nuestra naturaleza esencial es esta: la aptitud para ser seres de COOPERACIÓN y de RELACIÓN»

*Carol S. Dweck*

«El principio de la PRECAUCIÓN nos dice que si no podemos medir las consecuencias, no debemos correr riesgos con ciertas acciones o intervenciones porque pueden producir efectos altamente perjudiciales para la vida»

*Hans Jonas*

«Lo que más necesitamos es buena voluntad, la única virtud que para Kant no tiene defectos ni limitaciones, porque si los tuviera, ya no sería buena»

«Cada ser, por pequeño que sea, tiene valor en sí mismo, independiente del uso humano»

*Albert Schweitzer*

«La HOSPITALIDAD junto con los DERECHOS HUMANOS constituirían los pilares de una república mundial»

*Kant*



# EL NIÑO Y EL ÁRBOL

## *Educar valores y el valor de educar*

Cuando era niño, su abuelo lo llevaba a pasear a un parque solitario. En medio del parque había un árbol joven y hermoso que iba creciendo con el impulso de los árboles que están junto a los ríos.

El niño miraba con asombro el verde de sus hojas y cómo iba trenzando en sus ramas cunas para los pájaros. El niño se quedaba quieto, la paraulata venía a acariciar sus crías, y les traía comida sobre el nido. Después, el niño se ponía a cantar con la paraulata y a jugar con el árbol.

Eran felices. Jugaban juntos bajo la mirada del abuelo. Y cuando la paraulata decidió decir adiós al parque y volar para siempre, el niño y el árbol se pusieron tristes.

Pero el árbol y el niño tenían un secreto. Eran grandes amigos. Cuando llegaba el frío y al árbol se le iban las hojas con el viento, el niño tenía que ir a la escuela. Los dos grandes amigos, el niño y el



árbol, se decían adiós y se citaban para el día en que se iniciase otra vez, allí mismo, el milagro de la vida.

Y volvían a estar juntos, y a jugar y escuchar el canto de los pájaros y a ser felices. El árbol le daba al niño hojas verdes, frutos dulces y el silbido del viento entre sus ramas. El niño le daba al árbol caricias y sonrisas.

Un día, el niño no acudió a la cita. El árbol esperó y esperó. Aquel año sus frutos no fueron tan dulces, ni sus hojas tan verdes. No tenía con quién jugar.

Pasaron muchos años. El árbol se llenó de recuerdos. De tanto esperar se había hecho muy grande. Pero un día el árbol, con una alegría inmensa, vio venir hacia él un hombre que era el niño. Meció sus ramas y silbó de nuevo el viento. Y aquel hombre, que era el niño, le dijo:

–Mira, árbol, no tengo tiempo para jugar ni ser feliz. Sólo quiero dinero.

–Si eso quieres –dijo el árbol–, toma mis frutos, véndelos. Hazte rico y vuelve a jugar conmigo.

El hombre tomó todos los frutos del árbol y se fue para ser rico y no volvió. Tardó mucho tiempo en regresar, muchos años. Y cuando volvió era invierno y el árbol se alegró mucho, muchísimo. Y el niño, que era un hombre, tenía mucho frío y gritó:

–Tengo mucho frío, necesito calentarme.

–Corta mis ramas y haz fuego con ellas. Calientate y luego jugaremos juntos.

El hombre cortó las ramas e hizo fuego. Entró el calor en el cuerpo del hombre y se alejó del parque dejando al árbol solo.

Volvieron a pasar otros muchos años. El árbol se hizo todavía más grande y se asomaba por su copa más alta para ver si por el

horizonte se acercaba el niño. Un día, llegó un hombre pensativo, con tristeza de un niño abandonado y solo. Se acercó al árbol y lo tocó. El árbol despertó, y al reconocer aquellas manos, otra vez la alegría estremeció el corazón del árbol solitario.

–¿Por qué piensas tanto? –le dijo el árbol–, volvamos a ser niños.

–Estoy cansado de esta tierra. Quiero ir lejos, más allá de los horizontes. Quiero perderme en el mar, cruzar los océanos, conocer otros lugares.

–Ven, corta mi tronco, hazte un barco con él. Surca los mares. Sé libre como quieres.

–¿Por qué piensas tanto? –le dijo el árbol–, volvamos a ser niños.

–Estoy cansado de esta tierra. Quiero ir lejos, más allá de los horizontes. Quiero perderme en el mar, cruzar los océanos, conocer otros lugares.

–Ven, corta mi tronco, hazte un barco con él. Surca los mares. Sé libre como quieres.

Y el niño, que era el hombre, cortó el tronco, se hizo un barco y se perdió por los mares.

Cuando toda esperanza parecía perdida, por el mismo horizonte de los mares apareció un anciano arrugado y triste. Sus pasos se dirigieron al parque, al muñón del árbol. El anciano, que era el niño, no tenía ya voz, tenía miedo y vergüenza.

Cuando las raíces del árbol sintieron acercarse aquellos pasos conocidos, entendieron su lenguaje de recuerdos. El anciano dijo ya sin fuerzas:

–Ya no quiero vivir. Estoy cansado de todo. Quiero descansar en paz.

Y el muñón, que era el árbol, dijo su última palabra:



–Ven, siéntate aquí sobre mis heridas, descansa y seamos de nuevo felices juntos.

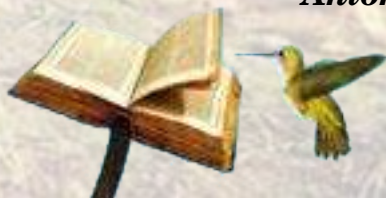
El anciano se sentó sobre el tronco del árbol y descansó mucho tiempo, cerrando los ojos, viviendo toda la vida de recuerdos. Y cuando sus manos quisieron acariciar el muñón del árbol, sintieron un árbol niño, una rama verde que se hacía árbol nuevo y crecía hasta arriba, hacia el cielo.

El anciano miró sus manos y eran manos de niño y vino una paraulata y se puso a cantar, y el viento silbó de nuevo.

El que ama de verdad no sólo está dispuesto a darlo todo, sino que está dispuesto a darse. Ser maestro, educador, es algo más complejo, sublime e importante que enseñar matemáticas, biología, inglés o lectoescritura. Educar es alumbrar personas autónomas, libres y solidarias, dar la mano, ofrecer los propios ojos para que los alumnos puedan mirar la realidad sin miedo. El quehacer del educador es misión y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma; no sólo dar clases, sino darse. Exige no sólo ocupación, sino vocación de servicio.

El genuino educador se esfuerza por ser verdadero amigo de cada uno de sus alumnos. En la amistad busca sediento todo ser humano la satisfacción del aprecio, confianza y convivencia grata que, con frecuencia hoy los alumnos no encuentran ni en el hogar ni en la calle. La amistad puede ir cicatrizando las heridas de la soledad y el desamor. El amigo espera, comprende, está dispuesto a tender la mano cuando más se necesita. No mira con mirada enjuiciadora, sino comprensiva, cariñosa. Está allí, esperando en silencio, siempre dispuesto a ayudar aun a costa de su propia vida.

***Antonio Pérez Esclarín***





## Post-Covid 19: ¿Qué virtudes asumir?

Este modo de vida sostenible se traduce en prácticas virtuosas que hacen real el modo sostenible de vivir. Son muchas las virtudes para otro mundo posible. Seré breve, ya que publiqué tres volúmenes con este mismo título “*Virtudes para otro mundo posible*” (Sal Terrae 2005-2006). Enumero 10 sin detallar su contenido, lo que nos llevaría lejos.

La primera es el *cuidado esencial*. Lo llamo esencial porque, según una tradición filosófica que proviene de los romanos, cruzó los siglos y adquirió su mejor forma con varios autores, especialmente en el núcleo central de *Ser y Tiempo* de Heidegger. En él se considera el cuidado como la esencia del ser humano. Es la condición previa para el conjunto de factores que permiten el surgimiento de la Vida. Sin cuidado, la Vida nunca irrumpiría ni podría sobrevivir. Algunos cosmólogos como Brian Swimme y Stephan Hawking vieron el cuidado como la dinámica misma del universo. Si las cuatro energías fundamentales no tuvieran el cuidado sutil de actuar sinérgicamente, no tendríamos el mundo que tenemos. Todo ser vivo depende del cuidado. Si no hubiése-

mos tenido el cuidado infinito de nuestras madres, no sabríamos cómo salir de la cuna y buscar nuestro alimento, ya que somos seres biológicamente carentes, sin ningún órgano especializado, necesitamos el cuidado de otros. Todo lo que amamos también lo cuidamos, y todo lo que cuidamos, lo amamos. Con respecto a la naturaleza significa una relación amistosa, no agresiva y respetuosa de sus límites.

La segunda virtud es el *sentimiento de pertenencia* a la Naturaleza, a la Tierra y al Universo. Somos parte de un gran Todo que nos desborda por todos los lados. Somos la parte consciente e inteligente de la naturaleza. Somos esa parte de la Tierra que siente, piensa, ama y venera. Este sentimiento de pertenencia nos llena de respeto, de asombro maravillado y de acogida.

La tercera virtud es la *solidaridad y la cooperación*. Somos seres sociales que no sólo viven, sino que *conviven* con otros. Sabemos por la bioantropología que fue la solidaridad y la cooperación de nuestros antepasados antropoides la que, al buscar alimentos y traerlos para el consumo colectivo, les permitió dejar atrás la animalidad e inaugurar el mundo humano. Hoy, en el caso del coronavirus, lo que nos está salvando es la solidaridad y la cooperación de todos con todos. Esta solidaridad debe comenzar por los últimos e invisibles, sin los cuales deja de ser inclusiva de todos.

La cuarta virtud es la *responsabilidad colectiva*. Ya hemos expuesto su significado más arriba. Es el momento de la conciencia en el que cada uno y toda la sociedad se dan cuenta de los efectos buenos o malos de sus decisiones y actos. Sería absolutamente irresponsable la deforestación descontrolada de la Amazonia porque desequilibraría el régimen de lluvias de vastas regiones y eliminaría la biodiversidad indispensable para el futuro de la

vida. No necesitamos referirnos a una guerra nuclear cuya letalidad eliminaría toda la vida, especialmente la humana.

La quinta virtud es la *hospitalidad como deber y como derecho*. El primero en presentar la hospitalidad como un deber y un derecho fue Immanuel Kant en su famoso texto “En vista de la paz perpetua” (1795). Entendía que la Tierra es de todos, porque Dios no entregó propiedad de ninguna parte de ella a nadie. Pertenece a todos sus habitantes, que pueden caminar por todas partes. Cuando se encuentra a alguien, es el deber de todos ofrecer hospitalidad, como signo de pertenencia común a la Tierra, y todos tenemos derecho a ser acogidos, sin distinción alguna. Para Kant, la hospitalidad junto con el respeto de los derechos humanos constituirían los pilares de una república mundial (*Weltrepublik*). Este tema es de mucha actualidad, dado el número de refugiados y las muchas discriminaciones de diferentes clases. Tal vez sea una de las virtudes más urgentes en el proceso de planetización, aunque una de las menos vividas.

La sexta virtud es la *convivencia de todos con todos*. La convivencia es un hecho primario porque todos venimos de la convivencia que tuvieron nuestros padres. Somos seres de relación, que es lo mismo que decir que no vivimos, simplemente, sino que convivimos a lo largo del tiempo. Participamos de la vida de los demás, de sus alegrías y angustias. Sin embargo es difícil para muchos convivir con aquellos que son diferentes, ya sea de etnia, de religión, de partido político. Lo importante es estar abiertos al intercambio. Lo diferente siempre nos trae algo nuevo que nos enriquece o nos desafía. Lo que nunca podemos hacer es convertir la diferencia en desigualdad. Podemos ser humanos de



muchas maneras diferentes, a la manera brasileña, italiana, japonesa, yanomami. Cada manera es humana y tiene su dignidad. Hoy, a través de los medios de comunicación cibernéticos, abrimos ventanas a todos los pueblos y culturas. Saber convivir con estas diferencias abre nuevos horizontes y entramos en una especie de comunión con todos. Esta convivencia implica también a la naturaleza, convivir con los paisajes, con los bosques, con los pájaros y los animales. No sólo para mirar el cielo estrellado, sino para entrar en comunión con las estrellas, porque de ellas venimos, y formamos un gran Todo. En definitiva, formamos una comunidad de destino común con toda la creación.

La séptima virtud es el *respeto incondicional*. Cada ser, por pequeño que sea, tiene valor en sí mismo, independientemente del uso humano. Albert Schweitzer, gran médico suizo que fue a Gabón, África, para atender a los hansenianos, desarrolló el tema en profundidad. Para él el respeto es la base más importante de la ética, porque incluye la acogida, la solidaridad y el amor. Debemos empezar por el respeto a nosotros mismos, manteniendo actitudes dignas y formas que despierten el respeto de

los demás. Es importante respetar a todos los seres de la creación, porque ellos valen por sí mismos; existen o viven y merecen existir o vivir. Es especialmente valioso el respeto ante toda persona humana, pues es portadora de dignidad, de sacralidad y de derechos inalienables, sin importar de dónde provenga. Debemos un respeto supremo a lo sagrado y a Dios, el misterio íntimo de todas las cosas. Sólo ante Él podemos arrodillarnos y venerar, pues sólo ante Ella cabe esta actitud.





La octava virtud es la *justicia social* y la *igualdad fundamental de todos*. Justicia es más que dar a cada uno lo que es suyo: entre los humanos, la justicia es el amor y el mínimo respeto que debemos dedicar a los demás. La justicia social es garantizar lo mínimo a todas las personas, no crear privilegios, y respetar sus derechos en pie de igualdad, porque todos somos humanos y merecemos ser tratados humanamente. La desigualdad social significa injusticia social y, teológicamente, es una ofensa al Creador y a sus hijos e hijas. Tal vez la mayor perversidad que existe hoy en día sea la que deja a millones de personas en la miseria, condenadas a morir antes de tiempo. En este tiempo de coronavirus, se ha demostrado la violencia de la desigualdad social y la injusticia. Mientras algunos pueden vivir en cuarentena en casas o apartamentos adecuados, la gran mayoría de los pobres están expuestos a la contaminación y a menudo a la muerte.

La novena virtud es la *búsqueda incansable de la paz*. La paz es uno de los bienes más ansiados, porque, por el tipo de sociedad que construimos, vivimos en permanente competencia, con llamadas al consumo y a la exaltación de la productividad. La paz no existe en sí misma; es la consecuencia de valores que deben ser vividos previamente, los que dan como resultado esa paz. Una de las formas más acertadas de comprender la paz nos vie-



ne de la *Carta de la Tierra*, donde se dice: «*La paz es la plenitud que resulta de las relaciones correctas con uno mismo, con otras personas, con otras culturas, con otras vidas, con la Tierra y con el Gran Todo del cual somos parte*» (nº 16f). Como se puede ver, la paz es la consecuencia de relaciones adecuadas y el fruto de la justicia social. Sin estas relaciones y esta justicia sólo conoceremos una tregua, nunca una paz permanente.

La décima virtud es el *cultivo del sentido espiritual de la vida*. El ser humano tiene una *exterioridad* corporal mediante la cual nos relacionamos con el mundo y con las personas y tenemos también una *interioridad* psíquica donde se anidan, en la estructura del deseo, nuestras pasiones, los grandes sueños, y nuestros ángeles y demonios. Debemos controlar estos últimos y cultivar amorosamente los primeros. Sólo así podremos disfrutar del equilibrio necesario para la vida.

Pero también poseemos una *profundidad*, esa dimensión en la que residen los grandes interrogantes de la vida: ¿quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos, qué podemos esperar después de esta vida terrenal? ¿Cuál es la Energía Suprema que sostiene el firmamento y mantiene nuestra *Casa Común* alrededor del Sol y la mantiene siempre viva para permitirnos vivir? Es la dimensión espiritual del ser humano, hecha de valores intangibles como el amor incondicional, la confianza en la vida, el coraje para enfrentar las inevitables dificultades. Nos damos cuenta de que el mundo está lleno de sentidos, que las cosas son más que cosas, son mensajes, y tienen otro lado invisible. Intuimos que hay una Presencia misteriosa que impregna todas las cosas. Las tradiciones religiosas y espirituales han llamado a esta Presencia con mil nombres, sin poder sin embargo descifrarla totalmente. Es el misterio del mundo que se remite al Misterio Abisal que hace

que sea todo lo que es. Cultivar este espacio nos humaniza, nos hace más humildes y nos arraiga en una realidad trascendente, adecuada a nuestro deseo infinito.

### **Conclusión: ser simplemente humanos**

La conclusión que sacamos de estas largas reflexiones sobre el coronavirus 19 es: debemos ser simplemente humanos, vulnerables, humildes, conectados entre sí, parte de la naturaleza y la porción consciente y espiritual de la Tierra con la misión de cuidar la herencia sagrada que hemos recibido, la Madre Tierra, para nosotros y para las generaciones futuras.

Son inspiradoras las últimas frases de la *Carta de la Tierra*:

**«Que nuestro tiempo sea recordado por el despertar de una nueva reverencia ante la vida, por el firme compromiso de alcanzar la sostenibilidad e intensificar la lucha por la justicia y la paz, y por la alegre celebración de la vida».**

***Leonardo Boff***



# Covid-19: o cooperamos o no tenemos futuro



Una pregunta siempre presente en las búsquedas humanas es: ¿cuál es nuestra esencia específica? La historia conoce innumerables respuestas, pero la más contundente, convergencia de varias ciencias contemporáneas como la nueva biología evolutiva, la genética, las neurociencias, la psicología evolutiva, la cosmología, la ecología, la fenomenología y otras, es esta: la cooperación.

Michael Tomasello, considerado genial en el área de la psicología del desarrollo infantil de 1 a 3 años, sin intervención invasiva, reunió en un volumen lo mejor de ese campo con el título: *Por qué cooperamos* (*Warum wir kooperieren*, Berlín, Suhrkamp 2010). En su ensayo inicial afirma que la esencia de lo humano está en el “altruismo” y la “cooperación”. «En el altruismo uno se sacrifica por el otro. Es la empatía. En la cooperación muchos se unen para el bien común» (pág. 14).

Una de las especialistas principales en psicología y evolución, de la Universidad de Stanford, Carol S. Dweck, afirma: «Más que la excepcional grandeza de nuestro cerebro y más que nuestra inmensa capacidad de pensar, nuestra naturaleza esencial es

ésta: la aptitud para ser *seres de cooperación y de relación*» (*Por qué cooperamos*, op. cit. 95).

Otra, especialista de la misma ciencia, famosa por sus investigaciones empíricas, Elizabeth S. Spelke, de Harvard, afirma: nuestra marca, *por naturaleza*, la que nos diferencia de cualquier otra especie superior como los primates (de los cuales somos una bifurcación), es “nuestra intencionalidad compartida” que propicia todas las formas de cooperación, comunicación y participación en tareas y objetivos comunes” (op. cit. 112). Va pareja con el lenguaje, que es esencialmente social y cooperativo, un rasgo específico de los humanos, tal como lo entienden los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela.

Otro especialista –éste, neurobiólogo del conocido Instituto Max Plank– Joachim Bauer, en su libro *El gen cooperativo* (*Das kooperative Gen*, Hoffman und Campe, Hamburgo 2008), y especialmente en el libro *Principio-humanidad: por qué cooperamos por naturaleza* (2006) apoya la misma tesis: el ser humano es esencialmente un ser cooperativo. Refuta rotundamente al zoólogo inglés Richard Dawkins, autor del libro *El gen egoísta* (1976/2004). Y afirma que la tesis de este último «no tiene base empírica ninguna; por el contrario, representa el correlato del capitalismo dominante, al que parece así legitimar» (op. cit. 153). También critica la superficialidad de otro libro suyo: *El espejismo de Dios* (2007).

Sin embargo, dice Bauer, está científicamente comprobado que «los genes no son autónomos y de ninguna manera ‘egoístas’, sino que se agregan con otros en las células de todo el organismo» (*El gen cooperativo*, 184). Y añade: «Todos los sistemas vivos se caracterizan por la cooperación permanente y la comunicación molecular, hacia adentro y hacia fuera» (op. cit. 183). Es notorio

para la bioantropología que la especie humana dejó atrás a los primates y se convirtió en ser humano cuando comenzó a recoger y a comer lo que recogía de manera cooperativa.



Una de las tesis centrales de la física cuántica (W. Heisenberg) y de la cosmogénesis (B. Swimme) consiste en afirmar la cooperación y la relación de todos con todos. Todo está relacionado y nada existe fuera de la relación. Todos cooperan unos con otros para coevolucionar. Tal vez la formulación más bella la encontró el Papa

Francisco en su encíclica *Laudato Si, sobre el cuidado de la Casa Común*: «Todo está relacionado, y todos nosotros, los seres humanos, caminamos juntos como hermanos y hermanas, en una maravillosa peregrinación... que nos une también, con tierno afecto, al hermano Sol, a la hermana Luna, al hermano río y a la Madre Tierra» (n° 92).

Un brasileño, profesor de filosofía de la ciencia en la UFES de Vitória, Maurício Abdala, escribió un convincente libro *El principio cooperación*, en línea con las reflexiones anteriores.

¿Por qué decimos todo esto? Para mostrar lo antinatural y perverso que es el sistema imperante del capital con su individualismo y su competición, sin ninguna cooperación. Es el que está llevando a la humanidad a un fatal callejón sin salida. Con esta lógica, el coronavirus nos habría contaminado y exterminado a todos. La cooperación y la solidaridad de todos con todos es lo que nos está salvando.

De aquí en adelante tenemos que decidir si obedecemos a nuestra naturaleza esencial, la cooperación, a nivel personal, local, regional, nacional y mundial, cambiando nuestra forma de habitar la Casa Común, o comenzamos a prepararnos para lo peor, por un camino sin retorno.

Si no escuchamos esta lección que la Covid-19 nos está dando, y volvemos con más furia aún a lo de antes, para recuperar el atraso, nos pondremos en la cuenta regresiva de una catástrofe todavía más letal. ¿Quién nos garantiza que no podrá ser el temido virus *NBO* (el *Next Big One*, ¡el gordo!), aquel próximo y último virus avasallador e inatacable que pondrá fin a nuestra especie? Grandes nombres de la ciencia como Jacquard, de Duve, Rees, Lovelock y Chomsky entre otros, nos advierten sobre esta emergencia trágica.

Sólo me queda recordar las últimas palabras del viejo Martin Heidegger en su última entrevista a *Der Spiegel*, que sería publicada 15 años después de su muerte, refiriéndose a la lógica suicida de nuestro proyecto científico-técnico: “*Nur noch ein Gott kann uns retten*” = “Sólo nos podrá salvar un Dios”.

Es lo que espero, y creo, pues Dios se ha revelado como “el apasionado amante de la Vida” (Sabiduría 11,24).

**Leonardo Boff**



## ***PARA ANUNCIAR LA PASCUA***

Éste es el tiempo del Dios de la vida.  
De la vida dada y de la vida realizada.  
De la gloria de Dios y de nuestra dignidad perdida.

Es tiempo de presencias y encuentros,  
de paz, comidas y abrazos,  
de corazones encendidos y trajes blancos,  
de envío a rincones lejanos...

Es el tiempo de la experiencia,  
del paso del Señor por todas las tierras  
por todos los rincones,  
por todas las personas.

Tiempo de flores, sueños y utopías,  
de gritos, cantos y aleluyas.

Tiempo de baños e inmersiones,  
de confesiones sinceras y comuniones  
para ser personas nuevas.

¡Tiempo divino para el ser humano en camino!

Es tiempo de primavera florecida,  
de liberación profunda y definitiva  
de cadenas, amuletos y miedos,  
de señores antiguos y nuevos,  
para sentir y vivir la vida.

***Florentino Ulibarri***

# SOÑEMOS JUNTOS

*EL CAMINO A UN FUTURO MEJOR*

## PAPA FRANCISCO



### I PARTE

¿Cómo ha hablado el papa Francisco de Dios en tiempos de pandemia y pos pandemia? Veamos algunos rasgos primordiales:

En primer lugar, nos ha comunicado una imagen sana de Dios, contraria al “Dios del miedo”, al que se le atribuyen las durezas terribles de la vida como castigo suyo. Cuando el Papa habla de Dios en estas circunstancias habla de un Dios que es aliado nuestro, no nuestro enemigo. Un Dios cuya esencia es la misericordia y, por tanto, nunca es indiferente: “Dios sabe, siente y viene corriendo a buscarnos, sale a nuestro encuentro” (SJ). Pero es también un Dios que cuenta con nosotros en la concreción de su ser compasivo. En esta línea, el Papa afirma que “siempre que haya una respuesta en el mundo que sea inmediata, cercana, cariñosa, preocupada, ahí está presente el Espíritu de Dios” (SJ). Los mártires de la pandemia (enfermeras, médicos, voluntarios, etc.) son ejemplo de ello.



*Este modo humano y creyente de situarse en la realidad asume que, para desarrollar la misión humanizadora de la Iglesia, es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos; escudriñar bien las señales de los tiempos e interpretarlas a la luz del Evangelio. Las exhortaciones y encíclicas del papa Francisco tienen este carácter. También lo tienen sus gestos de cercanía y apertura que buscan la participación y compromiso del pueblo. Por eso, de él se ha dicho que es expresión actualizada del espíritu del Concilio Vaticano II.*

Desde su mirada creyente, Francisco considera la pandemia del COVID-19 como nuestro “momento Noé”. Esto, “siempre y cuando encontremos el Arca de los lazos que nos unen, de la caridad, de la común pertenencia”. Asimismo, recuerda que “la historia de Noé en el Génesis no habla solo de cómo Dios ofreció una salida de la destrucción; habla también de todo lo que pasó después. La regeneración de la sociedad humana implicó volver a respetar los límites, frenar la carrera por la riqueza y el poder, cuidar de aquellos que viven en la periferia” (SJ).

En segundo lugar, ha remarcado que Dios está siempre al lado del empobrecido y excluido. Dios ha otorgado su primera misericordia a los pobres. Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres. Esto supone ser dóciles y atentos a su clamor. De ahí la necesidad de ver la realidad desde las periferias geográficas y existenciales. Cuando se asume la hermenéutica de la periferia se caen posibles vendas y tenemos la oportunidad de ver con ojos nuevos, se ve el mundo tal cual es (con sus desafíos y posibilidades). En

esa perspectiva, el Papa señala que la crisis puso al descubierto la cultura del descarte. Las exigencias sanitarias del COVID visibilizaron cómo tantas personas no tenían una vivienda donde vivir el distanciamiento social obligatorio ni agua limpia con la que higienizarse. También puso en evidencia otra pandemia: la del virus de la indiferencia que nos hace mirar siempre para el otro lado. Uno de los peligros de este “estado de indiferencia” es que puede volverse algo “normal” y termine por impregnar silenciosamente nuestros estilos de vida (FT n.73).

*Desde su mirada creyente, Francisco considera la pandemia del COVID-19 como nuestro “momento Noé”. Esto, “siempre y cuando encontremos el Arca de los lazos que nos unen, de la caridad, de la común pertenencia”. Asimismo, recuerda que “la historia de Noé en el Génesis no habla solo de cómo Dios ofreció una salida de la destrucción; habla también de todo lo que pasó después. La regeneración de la sociedad humana implicó volver a respetar los límites, frenar la carrera por la riqueza y el poder, cuidar de aquellos que viven en la periferia”.*

Desde la periferia se constata una humanidad gravemente enferma. La causa no deriva solo del CO-VID-19. Para Francisco existen miles de otras crisis igual de terribles, pero son tan lejanas a algunos de nosotros que podemos actuar como si no existieran. Señala, por ejemplo, las guerras diseminadas en distintas partes del mundo, la producción y el tráfico de armas; los cientos de miles de refugiados que huyen de la pobreza, las faltas de oportunidad y el hambre. Sobre esto último menciona un dato que debería con-



mocionarnos: en los primeros cuatro meses del año 2020 murieron 3,7 millones de personas a causa del hambre (SJ).

Y respecto a la pos pandemia, el papa expresa sus preocupaciones por lo que puede ocurrir pasada la crisis. Señala que la peor reacción sería la de caer, aún más, en una fiebre consumista y en nuevas formas egoístas de autopreservación. Y enseguida pone de manifiesto cuatro hondos deseos para contrarrestar esas tendencias: “Ojalá que al final ya no estén los ‘otros’, sino sólo un ‘nosotros’. Ojalá no se trate de otro episodio severo de la historia del que no hayamos sido capaces de aprender. Ojalá no nos olvidemos de los ancianos que murieron por falta de respiradores, en parte como resultado de sistemas de salud desmantelados año tras año. Ojalá que tanto dolor no sea inútil, que demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado” (FT n. 35).

Desde los desafíos que plantea la periferia del mundo, el Papa sostiene que es el momento para un nuevo proyecto que efectivamente incluya. Para un nuevo humanismo que pueda canalizar la irrupción de fraternidad y que termine con la globalización de la indiferencia y la hiperinflación del individuo. En este plano, la política puede y debe desempeñar un rol decisivo, pero no cualquier política. El papa piensa en lo que él llama “una sana política” capaz de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de mejores prácticas (FT n.179). Es la política que tiene como horizonte el bien común (FT n.182), el respeto irrestricto de los derechos humanos (FT n.189), la atención al clamor de los pobres (FT n.187), la conversión de los liderazgos (FT n.166), y el cultivo de la participación y la vida comunitaria (FT n.182), entre otros.

Desde luego que esa política requiere, según el Papa, de buenos políticos que se preocupen “de la fragilidad de los pueblos y de las personas”. En este sentido sostiene que “las mayores angustias de un político no deberían ser las causadas por una caída en las encuestas, sino por no resolver efectivamente el fenómeno de la exclusión social y económica, con sus tristes consecuencias...” (FT n.188).

En tercer lugar, el Papa habla de un Dios protector y cuidador de la vida. En el mensaje para la 54 JMP, que tiene por lema “La cultura del cuidado como camino de paz”, comienza con una grave constatación: “la gran crisis sanitaria de COVID-19, se ha convertido en un fenómeno multisectorial y mundial, que agrava las crisis fuertemente interrelacionadas, como la climática, alimentaria, económica y migratoria, y causa grandes sufrimientos y penurias” (JMP n.1). Desde el corazón puesto en los que sufren, Francisco aboga por una cultura del cuidado, entendida como “el compromiso común, solidario y participativo para proteger y promover la dignidad y el bien de todos, como una disposición al cuidado, a la atención, a la compasión, a la reconciliación y a la recuperación, al respeto y a la aceptación mutuos...” (JMP n.9).

Hace ver la importancia que tiene la cultura del cuidado en la tradición cristiana. Habla de un fundamento bíblico, el Dios de la Biblia no es solo un Dios Creador, sino también un Dios Cuidador. Reseña que el cuidado de la creación está en la base de la institución judía del sábado que, además de regular el culto divino, tenía como objetivo restablecer el orden social y el cuidado de los pobres. La celebración del Jubileo, con ocasión del séptimo año sabático, permitía una tregua a la tierra, a los esclavos y a los endeudados ( JMP n.3).

# SOÑEMOS JUNTOS

## EL CAMINO A UN FUTURO MEJOR

# PAPA FRANCISCO



## II PARTE

También señala una motivación profética donde la cumbre de la comprensión bíblica de la justicia se manifestaba en la forma en que una comunidad trataba a los más débiles que estaban en ella. Asimismo, plantea que la cultura del cuidado tiene una motivación cristológica: en la sinagoga de Nazaret, Jesús se manifestó como Aquel a quien el Señor ungió “para anunciar la buena noticia a los pobres, proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, dejar en libertad a los oprimidos”. En su compasión, Jesús se acercaba a los enfermos del cuerpo y del espíritu y los curaba; perdonaba a los pecadores y les daba una vida nueva. Él era el Buen Pastor que cuidaba de las ovejas; era el Buen Samaritano que se inclinaba sobre el hombre asaltado, vendaba sus heridas y se ocupaba de él. Estas acciones constituyen el testimonio más elocuente de una misión que apunta hacia una cultura del cuidado (JMP n.4).

Remite también a una motivación eclesiológica. Los cristianos de la primera generación compartían lo que tenían para que nadie entre ellos pasara necesidad y se esforzaban por hacer de la comunidad un hogar acogedor, abierto a todas las situaciones humanas, listo para hacerse cargo de los más frágiles (JMP n.5). Desde esta inspiración creyente, el Papa invita a que todos podamos convertirnos en profetas y testigos de la cultura del cuidado. Y eso pasa

por cultivar la promoción de la dignidad de toda persona humana, la solidaridad con los pobres y los indefensos, la preocupación por el bien común y la salvaguardia de la creación. De esa manera la cultura del cuidado se convierte en una condición necesaria para que haya paz social.

*A pesar del constante desgaste social en todos los pueblos perdura una reserva de valores fundamentales. El Papa los denomina el “alma del pueblo”, entendida como la lucha por la vida desde la concepción a la muerte natural, la defensa de la dignidad humana, el amor por la libertad, la preocupación por la justicia y la creación, el amor de la familia y la fiesta. Ese tiempo de acción, desencadenado por la fuerza de la esperanza, exige recuperar el protagonismo de los pueblos y el sentido de pertenencia, de sabernos parte de un pueblo al que debemos cuidar y potenciar.*

Desde un Dios para el cual lo primero es la misericordia, que se inclina a favor de los empobrecidos y que es amigo de la vida, es posible mantener la esperanza. Es decir, mirar al futuro con realismo, sin hacerse falsas ilusiones, pero sin descuidar las posibilidades de mayor justicia e inclusión. Es la esperanza “enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive”. No es simple optimismo. El Papa habla “de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y

el amor” (FT n.55). Quien vive animado por la esperanza cristiana supera el narcisismo, que lleva al egocentrismo; el desánimo, que lleva al aislamiento; y el pesimismo, que nos cierra las posibilidades de futuro.

A pesar del constante desgaste social en todos los pueblos perdura una reserva de valores fundamentales. El Papa los denomina el “alma del pueblo”, entendida como la lucha por la vida desde la concepción a la muerte natural, la defensa de la dignidad humana, el amor por la libertad, la preocupación por la justicia y la creación, el amor de la familia y la fiesta. Ese tiempo de acción, desencadenado por la fuerza de la esperanza, exige recuperar el protagonismo de los pueblos y el sentido de pertenencia, de sabernos parte de un pueblo al que debemos cuidar y potenciar.

Y para no quedarnos en las abstracciones de los “grandes ideales” el papa propone empezar a ver posibilidades nuevas, al menos en las pequeñas cosas que nos rodean, o en lo que hacemos cotidianamente. Explica que a medida que nos vamos comprometiendo con esas pequeñas cosas, empezamos a imaginar otra manera de vivir juntos, de servir a otros. Podemos empezar a soñar un cambio real, posible y deseable. La exhortación es clara: “atrevámonos a soñar” (SJ), pero con los pies en la tierra. Sin excusas, hay que convertir en algo normal el amor, y no el odio; convertir en algo común la solidaridad, no la indiferencia; convertir en algo habitual la cultura del cuidado, no la cultura del descarte. En la visión creyente del Papa, una condición necesaria para asegurar la dirección del cambio es ir a la periferia. Lugares de exclusión y sufrimiento, pero también de posibilidades que apuntan hacia un futuro mejor.



# EL CAMINO DEL CORAZÓN

## DAMOS LA VIDA JUNTO A ÉL

### Capítulo Séptimo

- Esta viuda pobre ha dado más que todos los otros... pues ella en su pobreza ha dado todo lo que tenía para vivir. (Marcos 12,43-44)
- Después tomó el pan en sus manos y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a ellos, diciendo: Esto es mi cuerpo, entregado a muerte en favor de ustedes. Hagan esto en memoria de mí. (Lucas 22,19)
- Yo soy la esclava del Señor, que Dios haga conmigo como me has dicho. (Lucas 1,38)
- Les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer. (Romanos 12,1)
- Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad (Hebreos 10,9)
- Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos Señor lo torno; todo es vuestro, disponed conforme a vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta. (San Ignacio, Ejercicios Espirituales 234)



Unir la vida a Cristo nos ha de llevar a dar la vida por los demás como Él lo hizo. Nos hace descubrir que, a pesar de nuestra pobreza y limitación, nuestra vida es útil a otros. Sabernos amados, elegidos y habitados por Él nos dignifica, nos llena de gratitud y nos hace capaces de responder a tanto bien recibido ofreciendo la propia vida en disponibilidad a su misión. La ofrecemos actuando contra el egoísmo y la comodidad que muchas veces frustran el deseo de Dios en nosotros. El Señor nos invita a darle nuestro sí generoso, como hizo María de Nazaret. No quiere salvarnos ni cambiar el mundo sin nosotros. Aún cuando nos parezca de poco valor, ofrecerle nuestra disponibilidad se hace útil a otros porque el Padre asocia ese ofrecimiento a la vida y al Corazón de su Hijo, quien se ofrece por nosotros en la cruz. Puestos con Jesús, nos hacemos más cercanos al sufrimiento del mundo y buscaremos responder como Él lo hizo. Expresamos al Padre esta disponibilidad mediante una oración de ofrenda diaria. Suplicamos con humildad al Espíritu no ser obstáculo a su acción. Nos inspiramos y alimentamos de modo especial de la celebración de la Eucaristía, donde reconocemos la ofrenda perfecta de Cristo al Padre, modelo de nuestra vida ofrecida.

Dar respuesta a este amor que desea atraernos hacia él, conociendo toda la altura, la anchura y la profundidad en la Eucaristía, nos conduce a ofrecernos nosotros mismos.

### **Acción de gracias - Eucaristía**

Este amor que trasluce desde este corazón “dulce y humilde” (Mt 11, 29) de Jesús, solo se puede entender siguiendo el itinerario de su vida hasta el término. Este “derrame de amor que ninguna palabra no puede explicar sin edulcorarlo” La Iglesia lo aclama con pudor “contando como ha llegado el Amor, conmemorando (en la

Eucaristía) la muerte y la resurrección de Cristo” (P. Robert Schol-  
tus)

Esto es mi cuerpo. Esto es mi sangre. Todo está aquí.

La Eucaristía nos revela el amor que va «hasta el final», un amor que no tiene medida, que es fuerza de resurrección. Jesucristo desea llevarnos por este camino **“Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por él, así, quien me come a mi tendrá de mi la vida”** (Jn 6, 57). En la comunión de su cuerpo y sangre, Cristo

**“Como el Padre  
que vive me envió,  
y yo vivo por él,  
así, quien me  
come a mi tendrá  
de mi la vida”**

desea estar profundamente unido a nosotros. Nos comunica su Espíritu Santo. Como lo escribe San Efrén el Sirio “Llamó el pan, su cuerpo vivo, lo llenó de él mismo y de su Espíritu. (...). Y el que lo come con fe, come el Fuego y el Espíritu (...). Tomad y comedlo todos y comed con el mismo el Espíritu Santo. Es ver-

daderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente”. Por el don de su cuerpo y de su sangre, Cristo hace crecer en nosotros el don del su Espíritu, que ya recibimos durante el Bautizo y que se nos ofrece como “sello” en el sacramento de la Confirmación. Con la Eucaristía, asimilamos de una cierta manera, dice Juan Pablo II, el “secreto” de la resurrección, una resurrección que empieza hoy mismo en el corazón del mundo.

¿Por qué quiere hacernos este don inmenso de comunicarse Él mismo a nosotros, de comunicarnos su Espíritu? Porque desea que nos volvamos como Él. Nos da su capacidad de amar, de ofrecer

nuestras vidas, con Él, por el Reino de Dios, un nuevo mundo que ya está en gestación.

Es por esta razón que la Red Mundial de Oración del Papa – El Apostolado de la Oración – desde hace más de 170 años, nos invita a hacernos disponibles cada mañana a la misión de Cristo (Ejercicios Espirituales n° 91-100). Mediante una oración de ofrenda decimos a Jesús: “¡Aquí estoy!” “Puedes contar conmigo”. Ofrecerme para el servicio de Cristo, cada mañana, es acoger lleno de agradecimiento el don gratuito del amor de DIOS, es responder a este amor con mi vida al servicio del Reino, y esto a pesar de mis incoherencias, límites y fragilidades. Por esta ofrenda, entro en una existencia eucarística, una vida entregada al servicio del Señor y de los demás, al servicio de la Iglesia en el mundo. Esta ofrenda me hace participar activamente en el propósito de amor de Dios para la humanidad.

Jesús vivió su vida como una ofrenda eucarística. Su última comida retomaba toda su vida ofrecida y entregada por amor. Este camino no le condujo a un callejón sin salida, sino a la resurrección y a la vida en abundancia. ¡Y esta vida de la felicidad eterna la quisiera para cada uno de nosotros! Es por eso que Él quiere arrastrarnos en esta “danza del amor”, aunque tenga que pasar por la Cruz.

### **El combate espiritual**

Sin embargo, entrar en el mismo itinerario de Jesús, amar como Él nos ha amado hasta el punto de “dar su vida por sus amigos”, puede conducir a un combate espiritual: “No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno” (Jn 17, 15). Incluso es un criterio de fidelidad a Jesús como “el siervo no es mayor que

su señor, ni un enviado es mayor que el que le envió.” (Jn 13, 16) Todos lo experimentamos. Hay en nosotros connivencia con el mal, la mentira, todo lo que es rechazo de la vida, pero Cristo no nos deja solos, envió al Espíritu Santo, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y el cual desenmascara el enemigo, y ayuda a elegir la vida.

Responder al llamado personal que me hace Jesús, ponerme a su disposición, al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo de hoy, con todos sus desafíos, con muchos otros, puede parecer emocionante. A menudo nos imaginamos, como los apóstoles, unidos al Corazón de Jesús, caminando con él por los caminos de Galilea, por los verdes pastos pintados con mil flores, o en las orillas del lago anunciado el Evangelio... pero nos olvidamos de la cruz. Somos como los discípulos, como Pedro, para quien Jesús es el Mesías que vendrá a allanar el camino, a rebajar las montañas, de un golpe, sin esfuerzo de nuestra parte, como si tuviéramos una varita mágica, como si pudiéramos, por el solo hecho de estar cercanos a Jesús, evitarnos el sufrimiento y la cruz misma... “Nadie entra sin sufrir en el reino del amor.” No es que el sufrimiento sea necesario, pero en nuestro mundo aprender a amar pide aprender a desprenderse de sí mismo y a ofrecer su vida. Y esto nos conduce a menudo, para no decir siempre, a un camino de purificación renovado y un auto-descentramiento hacia los demás... que pasa a través del sufrimiento, a veces la cruz, y la muerte.

***“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** dice Jesús en el Evangelio según san Juan (16, 33).



# Felices Pascuas



**RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA**

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

<http://apostolado.org.ve/>

 [@aposvenezuela](https://www.instagram.com/aposvenezuela)

 [@aposvenezuela](https://twitter.com/aposvenezuela)

 [www.facebook.com/apostoladovenezuela](https://www.facebook.com/apostoladovenezuela)

**E-mail:** [aporlacasta@hotmail.com](mailto:aporlacasta@hotmail.com)

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,  
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

**Teléfonos**

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

**Horario de oficina**

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am

Diseño gráfico: María Elena Ayala